ver también con claridad que en ellos se iban depositando los frutos de insistentes lecturas y la nota diaria de un pensamiento ágil e inquieto; en una palabra, el balance previo para esa obra futura que desgraciadamente no pudo cumplirse.

Se ha alterado el orden de las publicaciones originales, atendiendo al contenido de los escritos. Así el primer apartado incluye dos trabajos sobre filosofía griega; el segundo, cuatro ensayos sobre arte; el tercero comprende también cuatro ensayos en torno a los problemas de la teoría literaria, y el último recoge escritos sobre temas mexicanos. Al final de cada uno de ellos se señala año y número de ejemplar, con la fecha correspondiente.

El texto final, titulado "Edmundo debiera estar aquí, respirando...", es de Gerardo Cuéllar. Fué publicado hace algún tiempo en el semanario "Vida Universitaria", y se incluye para cerrar estas páginas que se dedican como un pequeño homenaje a Edmundo Alvarado, al cumplirse doce años de su fallecimiento.

Monterrey, N. L., mayo de 1961

I

SOCRATES Y PLATON

LA CULTURA GRIEGA EN NUESTROS DIAS

SOCRATES Y PLATON

EXISTEN, en el estudio de la Filosofía Griega, dos épocas perfectamente determinadas en cuanto a su propósito. Ambas, como veremos, significan el conocimiento del mundo divino en dos aspectos: El conocimiento del mundo dividido en dos aspectos: El conocimiento del mundo material y el del universo moral. La primera corresponde a los filósofos presocráticos y la segunda a los grandes desarrollos filosóficos iniciados por Sócrates. La característica de los presocráticos es la inquietud por el conocimiento de los elementos de la materia y de la ley que gobierna el devenir material del mundo. Conocidas son ya las hipótesis de la formación de la materia, en los que siempre se incluye un elemento primordial que a veces es el fuego y a veces el agua. Finalmente Heráclito completa la incipiente cosmogonía antigua con el conocimiento de los principios que rigen la evolución y el cambio de la materia. En Heráclito y Demócrito se inician las dialécticas.

Una crisis parece observarse después de estos filósofos con la aparición de los sofistas, que a manera de los retóricos posteriores, hacían y deshacían las doctrinas de los antiguos más como alarde oratorio que como crítica doctrinal. El fin de esta crisis lo marca Sócrates.

Hasta él nadie se había preocupado del universo moral. Satisfecha la inquietud del conocimiento de la naturaleza, con una doctrina que llenaba su inquietud sobre la explicación de los fenómenos naturales, hecha por toda la antiguedad,

los griegos daban por completo su ciclo del conocimiento de los problemas del mundo.

Sócrates, al revés de los antiguos, dedicó toda su vida a los problemas del espíritu. Partiendo de aquella inscripción del oráculo de Delfos: Conócete a ti mismo, inició el estudio del conocimiento del hombre. De la misma manera que lo había de hacer San Agustín siglos más tarde, Sócrates sostenía que el único indicio hacia la verdad lo constituía la misma persona que se inquietaba por ella. Propiamente Sócrates no tuvo ninguna doctrina particular fuera de que nacía de este principio. Su gran mérito en la Filosofía consistió en el descubrimiento de los procedimientos y métodos del conocimiento. Para llegar al conocimiento de una cosa, decía, hay que hacerse una idea general, hay que conocer las características de su esencia. La mayéutica bien puede ser el primer método crítico del conocimiento. Partiendo del conocimiento superficial, llegaba Sócratas hasta el deslinde más claro de la esencia de las cosas mediante la superación de su sempiterna pregunta.

Difícil es, en verdad, conocer la pureza de su filosofía. Si sus discípulos hubiesen sido solamente ingeniosos en vez de geniales conoceríamos mejor a Sócrates, pues sólo al través de ellos lo conocemos. Jenofonte no poseía una inteligencia filosófica y el relato que hace de la vida del maestro tiene un valor histórico solamente, en cambio Platón deformaba con su genio la doctrina del maestro. Los investigadores de la Filosofía han llegado a distinguir en la obra de Platón una parte que consideran como la ortodoxia de la filosofía socrática; sin embargo no es posible considerarla así de un modo absoluto. Puede afirmarse que de Sócrates se conoce lo que de él dijeron los demás. Si su doctrina no fuera de por sí decisiva en el conocimiento de los problemas del hombre, lo sería por el afecto y la fidelidad que a ella dedicaron sus discípulos. Nunca han faltado tratadistas e historiógrafos de la Filosofía que hayan dicho que Platón, a la vez que fué el mejor, fué el más infiel de sus discípulos. Pero es imposible comprender de qué manera, sin la doctrina de Sócrates, sería posible la filosofía platónica. Sócrates es en Platón el mejor supuesto de su magistral desarrollo.

Sócrates, como se ve, causó en la Filosofía el gran viraje que va de la preocupación por los problemas del cosmos, a la preocupación por los problemas del hombre. Platón fué el encargado de llevar al hombre descubierto por Sócrates otra vez al conocimiento total de los principios que rigen el universo, solamente que la vuelta conducía ya al conocimiento

integral y constituyó la primera doctrina filosófica completa. En Platón se encuentran ya todas las inquietudes posteriores de los filósofos, se encuentra también ya sentido político en la Filosofía.

El dualismo en el conocimiento y en el ser, característico de la Filosofía cristiana, tiene su raíz en Platón. Su doctrina del ser auténtico de las ideas, y de que la realidad es sólo un reflejo especial de este ser, es el tema a debate por muchos siglos hasta la filosofía contemporánea. Antes de que el mundo occidental conociera el pensamiento hebreo, y su expresión en parábolas, ya Platón se valía de los mitos como una explicación de las verdades a cuyo conocimiento no podía llegarse totalmente por la razón. Había para Platón, convienen los filósofos, dos especies de verdades: aquellas que surgían de la búsqueda racional, y aquellas otras cuyo sentido máximo sólo se lograba mediante la confluencia de la razón y algo más que los antiguos no habían delimitado totalmente como método del conocimiento; esa especie de comprensión poética de las cosas que posteriormente ha sido la base de la filosofía de la intuición. Esta clase de verdades eran las reveladas por la comprensión de aquellos mitos que tan magníficamente explicaban la doctrina del ser de las ideas. Una sola cosa hay que decir. El mito y la parábola tenían finalidades distintas. En Platón el poema era explicativo, en la Escritura la parábola era también demostrativa. La dialéctica cristiana era más evolucionada que la griega.

Un análisis del pensamiento de los griegos conduciría a este resumen: Los pre-socráticos dieron las bases para el conocimiento del cosmos y de sus leyes. Sócrates descubrió la realidad del hombre como hombre y Platón logró el conocimiento integral del Universo y halló el camino que por mucho tiempo todavía debe seguir la inquietud filosófica. ¿Han hecho los otros pueblos, de todos los tiempos, algo semejante a lo que hicieron los griegos? Sólo una respuesta puede encontrase que, si no es respuesta para la pregunta, si es disculpa para la inteligencia posterior de la humanidad: Fueron los primeros. Por eso quien se interesa por el conocimiento de la humanidad, si no parte de ellos, tendrá que detenerse en ellos o un momento, o toda la vida.

Año III - Núm. 12, Diciembre 31 de 1946.

LA CULTURA GRIEGA EN NUESTROS DIAS

EXISTE un hecho en el pensamiento de la humanidad que los estudiosos de la Filosofía de la Historia han observado ya, y cuya regularidad va estableciendo ya una norma en la vida universal. Cada vez que la magnitud de un conflicto revuelve lo humano desequilibrando los valores establecidos, una misma inquietud conmueve el pensamiento de los pueblos. De la misma manera que al final de la Edad Media la humanidad fué conducida a la antiguedad en la búsqueda de la certidumbre más firme, en nuestro tiempo es posible observar el mismo fenómeno.

No es casual que las dos épocas señaladas signifiquen una crisis grave de los valores humanos; una crisis característica de un cambio de rumbo en el pensamiento de los hombres. Aunque las causas determinantes de estos hechos no sean sino remotamente parecidas, el fenómeno es evidente. Igual que como en los casos señalados debió haberse presentado por primera vez a la conciencia de quienes tuvieron la primera visión más o menos completa del universo, de la naturaleza y del hombre; sólo que en esta vez el pensamiento fué creador en el sentido de que antes de él nada había de cierto en la conciencia de la humanidad y la fe del hombre se encontraba a merced de las circunstancias. Esta primera iluminación de la conciencia produjo la Cultura Griega. Para el pensamiento occidental la historia nace allí.

Entonces el hombre tuvo que comenzar por el principio, tuvo que aprender a pensar y a observar el mundo sin el menor

indicio de certeza. No en vano ha dicho Jaeger que los griegos han educado a la humanidad. Ellos descubrieron los fundamentos de la ciencia, practicaron las artes y ejercitaron el pensamiento como ningún pueblo lo ha logrado hasta nuestros días; pero lo maravilloso de su obra no consistió en la experiencia científica, sino en el pensamiento que ésta fue capaz de producir. No sólo descubrieron el mundo e investigaron su pasado, sino que pusieron al hombre, para siempre, en la inquietud de conocer el principio.

Al final de la Edad Media y en nuestros días el panorama es distinto. El hombre puede referir su pensamiento a la experiencia del pasado, como lo hizo el hombre del Renacimiento, pero entonces, como ahora, no fué el afán de la simple curiosidad científica o histórica la causa determinante de este hecho. Las épocas tienen alguna similitud y una gran diferencia. La humanidad afronta una grave crisis. Los valores en que fincaba el pensamiento ya no son suficientes, las creencias palidecen y el temor domina la conciencia planteándole la gran interrogante del futuro. Cualquier referencia inmediata deja de tener valor y entonces la conciencia humana no tiene más que volver al principio, a construir de nuevo.

En el Renacimiento fueron los descubrimientos de las tierras nuevas de la antiguedad y de su espíritu, los que determinaron el viraje, los que decidieron el camino.

Ahora nada queda por descubrir, o por desenterrar, ni es necesario ya. La vuelta se ha impuesto por la propia experiencia. El propósito de la humanidad no es retroceder en derrota, sino volver a encontrar el camino, devolverse hasta el principio y volver a recorrer lo andado hasta el lugar en que se perdió. Todas las crisis traen consigo una revisión de los valores y eso es lo que comienza a hacerse después de que la guerra lo revolvió todo, hasta la dignidad humana. Esa es la explicación de los estudios de la antiguedad clásica que vuelven a ser actuales. No es por mera coincidencia que los filósofos, los políticos y los artistas se hayan puesto a revisar la experiencia del pasado. Es más bien el afán de encontrar nuevos propósitos, nuevos valores y nuevos móviles para la vocación del hombre.

Es indudable que esta crisis va a resolverse en una etapa nueva, mejor que la anterior, con mejores prevenciones para los males de la convivencia humana, y con un conocimiento insospechado y utilísimo del mecanismo de los hechos sociales; pero no puede dudarse tampoco de que gran parte tendrá en ello el conocimiento de la Historia y de la Filosofía antiguas.

Los griegos fueron los autores del pensamiento político. Ellos conocieron la Filosofía de la Historia no como una especulación convencional de los hechos, sino como lección de la Historia e interpretación de la humanidad.

Las investigaciones de Jaeger y de Alfonso Reyes, la actualidad de Burckhardt y de Winkelman y las reediciones de los estudios de la antiguedad y de los clásicos, son reveladores de la gran búsqueda en que está empeñado ya el pensamiento contemporáneo. No vaya a pensarse que es el miedo al futuro o la resignación del romanticismo, lo que embarga la inteligencia. Es el optimismo y la seguridad de que aún hay que esperar mejores frutos de la convivencia humana. Habría que utilizar el lenguaje, no la lengua, de Kant, para decir que el mundo siempre marcha "hacia mejor".

Año III; Núm. 10, Octubre 31 de 1946.